



(editorial)

Habría que convenir que estamos descubriendo, como artistas, un camino que no estaba en nuestras previsiones cuando nos asomamos a este mundo de las formaciones y las prácticas artísticas. En los albores de la formación, la técnica parecía cubrir y suplir la necesidad de saber: saber del teatro, de la pintura. Después, conocer y contextualizar, estrechando un cerco alrededor del objeto del conocimiento. Más tarde la propia condición de realidad empezó a inclinar la balanza hacia la necesidad de conocer otros lugares, ya no solo concurrentes o tributarios de la práctica artística en cuestión, sino de los diversos entornos que la hacen posible, la incorporan, la relativizan. Ahora, es el tiempo de apartar las preocupaciones propias del arte, de las que deben asistir la presencia del arte en la escuela y, si consideramos que es una opción legítima y necesaria, es el tiempo de asumir como colectividad académica esta responsabilidad, para que no se empobrezca la lectura del arte como fundamento, sustancia, de la formación humana y social, y nos quedemos en un discurso politizado, superficial y sentimental del arte como salvador o redentor de la decadencia social. Este es el colofón de uno de los artículos que usted encontrará en este número de (Pensamiento), (Palabra) y Obra.